

ETNOGRAFIA

DEL

ESTADO MERIDA

ESCRITA PARA EL CENTENARIO DEL LIBERTADOR

1883

POR

JOSE IGNACIO LARES

SEGUNDA EDICIÓN
CORREGIDA Y AUMENTADA

1907



MÉRIDA

Imprenta del Estado—Director: Lisímaco Carrillo

1907

BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS - VENEZUELA

ETNOGRAFIA
DEL ESTADO MÉRIDA
escrita para el Centenario del Libertador
1883
POR
JOSE IGNACIO LARES
—
SEGUNDA EDICIÓN
CORREGIDA Y AUMENTADA
1907

Es difícil, si no imposible, averiguar cuales fueron las primeras razas que poblaron esta parte de la Cordillera, una vez que permanece todavía envuelto en el misterio el origen verdadero de la raza pobladora de la América.

Averiguar si la raza encontrada en el Nuevo mundo por los conquistadores es autóctona ó venida de otra parte, y en este último

caso, como el más probable, averiguar de que punto y por donde vino, tal es la cuestión que con gran interés se afanan por aclarar los hombres de ciencia; tal es el misterio de la historia de América, el cual, á lo que entiendo, nadie ha podido descubrir.

Las grandes analogías que hay entre Asia y América, y la notable semejanza que los naturalistas encuentran entre sus dos razas, particularmente con la Mongola, prueban con alguna claridad que la raza Americana procede de Asia.

La semejanza que se observa entre la raza japonesa y la americana es tal y tan grande, que parecen pertenecer á una misma raza.

La causa de esta semejanza es tan poderosa y persistente, que domina al través de las mezclas en la raza americana, difiriendo únicamente en el color, ya pardo, trigueño ó blanco en el mestizo,

según la mayor mezcla de la raza africana ó europea y según las mezclas de estas mezclas.

Y cosa singular : obsérvase que en sus condiciones morales de valor, nobleza, vivacidad é ingenio, la semejanza del americano con el japonés es más completa en el mestizo que en el americano puro.

¿ Sería el primitivo nipón el mismo primitivo americano ?

Siendo así, ¿ por donde se transportó á este Continente ?

Muchas son las hipótesis desarrolladas, para demostrar el camino seguido por el hombre asiático al Continente Americano. El Visconde de Porto Seguro, cree que los *Tupies* del Brasil descenden de los Carios de Asia-Menor, y se funda en las grandes analogías de estos pueblos. Los Carios, dice, eran muy aficionados á las aventuras de mar, como los Fenicios, y se lanzaban al proceloso Océano ; en uno de sus naufra-

gios querrían ganar las islas Canarias, y arrebatados tal vez por la tempestad ó por la corriente del golfo de México, fueron á dar en las Antillas. Esta hipótesis es muy aventurada ; pero recuérdese que el portugués Pedro Alvares Cabral, descubrió de casualidad el Brasil, arrojado á sus costas por una tempestad. Brasseur de Bourbourg, hace extensivo este origen á los habitantes de las tres Américas. Otros dan por verdadera la existencia de la Atlántida, lazo de unión entre los dos mundos tan misterioso como el fondo mismo del Océano donde se supone estar sumergida. Pero lo más aceptado en la opinión general, és, que los dos continentes se comunicasen por el estrecho de Berhing ó por el gran cordón de islas de la Polinecia.

Mas, sea de esto lo que fuere, yo solo voy á referirme á los indígenas que al tiempo de la conquista poblaban esta parte de los

Andes venezolanos, que forman el Estado Mérida.

Con frecuencia se han llamado *Muiscas* los pueblos indígenas que habitaban la antigua provincia formada de Táchira y Mérida; pero esta denominación no debe entenderse sino en cuanto á qué, formando este territorio parte del que se llamó Nuevo Reino de Granada ó *Imperio de los Muiscas*, por extensión se aplicó el nombre á todas las provincias del Reino.

Algunos han tenido estos pueblos como dependientes del Zaque de Tunja; por tales los tuve yo cuando escribí para la estadística de Mérida la parte histórica. Hoy con mejor examen no lo creo. Tenían sí, conocimiento de aquel Centro de civilización, aunque estaban intermedios los *Chitareros* y *Ladches*, naciones bárbaras entre los bárbaros y de brutales costumbres.

De que tuvieran conocimiento

de los *Muiscas* y hasta alguna comunicación con ellos, no dejan duda muchas de sus ceremonias religiosas, algunas de sus costumbres, como sus danzas y bailes que ejecutaban del mismo modo: sus dialectos derivados todos del *chibcha*; sus trajes aunque no de la riqueza de aquéllos: y así como los Muiscas sacrificaban un niño para marcar sus indicciones, así los *Quinaroos* (de Lagunillas) sacrificaban otro, arrojándolo al fondo de su laguna para tener propicio al dios de sus aguas. Costumbre ésta, que después, durante la colonización, un prudente Sacerdote que catequizaba á estos indios, los persuadió de que en lugar de un niño, era mejor arrojar á la laguna una gallina.

Había en esta parte de la Cordillera multitud de pueblos con distintas denominaciones, gobernado cada uno por un Cacique; pero que también se comprendían

bajo el nombre de *Timotes*. Este nombre lo tomaban de uno de sus pueblos, el más belicoso y culto de todos ellos, y donde parece que había un rudimento de civilización.

Los Timotes, pues, que así los llamaré, tenían por confinantes los pueblos siguientes: al norte, ó sea sobre las orillas del Lago, los *Bobures* y *Motilonos*; al Sur, sobre el arranque de los llanos, los *Toboros*, *Caros* y *Coyones*. Al Oeste los *Mombures* y *Aviomas* del Táchira, dependientes ó confinantes de los Chitareros; y al Este la nación Cuicas, que, compuesta de pueblos de distintos nombres, habitaban lo que es hoy Estado Trujillo. Los límites que tenían señalados entre sí, los Timotes y Cuicas, son precisamente los mismos que dividen hoy los Estados Mérida y Trujillo.

Los Timotes se dividían como he dicho en muchos pueblos más ó menos populosos. Estos eran

los siguientes: *Chamas*, *Mirripuyes*, (Morro), *Tiguiñones*, *Miguries* (Acequias) *Quinaroes* (Lagunillas) (donde se fundó primero Mérida), *Mijures*, *Bailadores*, *Mucutuyes*, *Mocotos*, *Mucuneches*, *Tapanos*, *Tricaguas*, *Mocombós*, *Montunes*, *Mucuchachies*, *Quinós*, *Aricaguas*, *Jajies*, *Quiroraes*, *Insnumbies*, (Pueblo Nuevo), *Canaguaes*, *Guaques* (Ejido), *Tatuyes* (donde está Mérida hoy), *Tabayones*, *Escagüeyes*, *Mucurubaes*, *Mucuchies*. *Quindoraes*, *Guaraques*, *Guarunies* (que habitaban en la orilla del Chama, entre la selva y Estanques) y los Timotes que daban nombre á toda la Provincia.

Ya he dicho que estos pueblos tenían conocimiento de los Muiscas, y hasta algún trato con ellos; también debieron tener conocimiento de la numerosa nación *Caiquetia* que habitaba en Coro, Barquisimeto y parte de los Llanos; y que, como dice un histo-

riador, se expresaban elegantemente en uno de los idiomas más sonoros de la América. Entre los Timotes y Caiquetíos se encontraban los Cuicas de Trujillo: Cuicas y Caiquetíos tenían estrechas relaciones y hasta vivían mezclados en una gran ciudad que Federman nombra Acarigua. Es muy posible que individuos de aquella gran nación se mezclasen también con los Timotes, una vez que el territorio que los separaba no era muy extenso, y que Cuicas y Timotes estaban en frecuente trato. Por desgracia las noticias históricas que hay de estos pueblos, de antes y del tiempo de la conquista, son muy pocas; ó si las hay, yo no las conozco. Por eso nada puedo decir de sus mezclas con otras naciones. Que hubo estas mezclas, es evidente; pues no es presumible que todas estas naciones viviesen estacionadas en sus respectivos países, creciendo y muriendo como

las plantas. No se prestaba á ello la vida silvestre que llevaban, no podía permitírsele la índole nómada que casi era característica en el americano.

Cada parcialidad de los Timotes tenía constituido un pueblo, que no era otra cosa que una agrupación de chozas de paja sin orden alguno. Estas chozas las llamaban los indios *bohios*. Para el culto de sus ídolos construían otros bohios más grandes que llamaban *Caneyes*. También les rendían culto en las grutas de los montes; y rendíanselos á los montes mismos, á las piedras, á los ríos ó á cualesquiera otros accidentes de la naturaleza con tal que les llamasen la atención por alguna circunstancia.

Sus ídolos eran unas figuras de barro cocido, toscas en extremo, queriendo representar en ellas figuras humanas. Creían en un Ser espiritual, dispensador del bien y del castigo; el cual, solo

se revelaba ó comunicaba con sus sacerdotes que llamaban *Piaches* ó *Mahanes*. A este Ser Supremo lo llamaban *Ches*. Obedecían ciegamente sus mandatos comunicados por boca de los *Piaches*, mandatos que no eran otra cosa que patrañas de estos. Le sacrificaban en sus templos, ovillos de hilo, cuernos de venados, mantas pequeñas de algodón y la manteca del cacao que quemaban en braserillos de barro cocido.

Tenían como un precioso hallazgo, encontrar en las entrañas de los venados que mataban las piedras ó cálculos que suelen tener estos animales, y los guardaban para llevarlos cuando iban de caza como un amuleto feliz.

Por sentencia de muerte tenían para alguno de la familia si se oía en las inmediaciones de la casa el canto melancólico de una paloma.

En cierta época del año, cuya fecha no he podido averiguar;

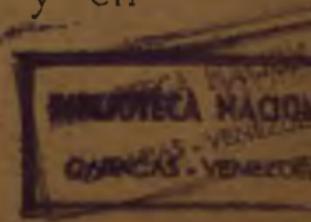
pero que infiero sería en enero, me han referido algunos indios que se reunían los Miguries en la casa del Piache, para asistir á los que ellos llamaban, *la bajada del Ches*. Reunida la parcialidad, el Piache, al entrar la noche, se retiraba á un lugar solitario: allí practicaba algunas ceremonias y figuraba hablar con el Ches. Esta fiesta tenía por objeto saber del Ches, por boca del Piache, si el año sería bueno ó malo para la agricultura: si habría lluvia ó sequía. Luego el Piache tornaba á la concurrencia que esperaba ansiosa y anunciaba el pronóstico. Si era favorable, llenos de alegría bailaban y celebraban un banquete; pero si el augurio era adverso, se retiraban á sus casas silenciosos y tristes.

Los Piaches eran á la vez sus médicos, los cuales, hacían uso de algunas yerbas y plantas medicinales; pero regularmente los remedios consistían en exorcis-

ños y conjuros, practicados al enfermo por el Piache con algunas ceremonias.

Los que habitaban en las selvas y faldas de la Cordillera, frente al Lago iban desnudos; pero *envijados* y la cabeza coronada de vistosos penachos de plumas. Los que habitaban en las alturas y altiplanicies de la Cordillera usaban un traje tejido de algodón, semejante al que acostumbraban los Muiscas. En los hombres era una túnica cerrada que bajaba más allá de las rodillas; en las mujeres una manta en que se envolvían el cuerpo, se la señían á la cintura y las dos puntas se las prendían sobre el hombro izquierdo con un alfiler grande y grueso hecho de macana que llamaban *tope*; nombre que daban igualmente los Muiscas al que usaban de oro y con igual objeto sus mujeres.

Cazaban en sus extensos páramos venados y conejos y en



sus bosques y selvas dilatadas gran variedad de aves y animales, en que abundan todavía y con los cuales variaban sus comidas.

Cultivaban el maíz "trigo de América", de que hacían la chicha; así como la yuca, la batata, el *jayo* ó malangá, el ñame, el apio, el churí, el zapayo y el cacao, que también encontraron los españoles silvestre en las selvas. También cultivaban el algodón que hilaban y tejían para hacerse sus vestidos, y los ovillos de hilo para sus sacrificios.

Los Tiguiñoses recogían en las faldas de los montes con cercados de piedra en forma de anfiteatro la tierra vegetal para sembrar en ella. Todavía se encuentran en las cercanías de Acequias gran número de estos cercados. Los Mucuchís, Miguries y Tiguiñoses, cultivaban, y cultivan hoy sus descendientes un tubérculo muy semejante á la papa, que llaman

ruña los primeros, y *timbós* los dos últimos.

También los Miguríes tenían otro tubérculo muy parecido á la papa ; pero de forma alargada y de color encarnado, al cual llamaban *huisisaí* y hoy lo llaman *quiba*. La misma papa infiero que la tenían estos pueblos, pues cultivan ellos una que llaman criolla, de la cual no hay noticia que la hayan importado de otra parte. La papa en dialecto Miguríes es conocida con el nombre de *tiguss*. Además en ciertos lugares de Mucuchíes, donde nunca se ha sembrado, nace espontánea la papa, aunque solo con unas pequeñas proyecciones tuberculosas en sus raíces.

Del achiote extraían el color encarnado con que se pintaban el cuerpo, y del encinillo ó *palamero* la cera vegetal con que se alumbraban.

Hoy acostumbran los mucuchíes que viven en los páramos,

comer una conserva que resulta del corazón del frailejón, después de algún tiempo de haber quemado sus hojas. Es muy presumible que el uso de este manjar un tanto dulce ; pero también algo acibaroso les venga de sus antepasados.

Era muy común en todos estos pueblos como lo es hoy, el uso del *ají*, pimienta americana, sabroso estimulante para el apetito.

No conocían el uso de los metales, como no fuera el uso de pedazos de oro en bruto para adorno personal ; pero sí conocían el arte de la cerámica. De barro amarillento, negruzco ó azulado cocido al fuego ó al sol, hacían sus ídolos, el menaje de cocina y otros útiles domésticos. También labraban de madera otros útiles ; y de algunas frutas como el totumo, taparo y otras, fabricaban vasijas que adornaban con dibujos grabados en su parte exterior. Las vasijas de barro co-

cido que destinaban para el agua, eran generalmente rojas y con dibujos blancos y simétricos al rededor de la boca. En este arte de la cerámica estaban más adelantados los pueblos que vivían en la serranía que los de las selvas.

Sus armas eran la flecha y la macana. Los Mucuchíes de Torondoy usaban unas flechillas que disparaban á soplos por una cervatana, tocadas con una sustancia vegetal y al que herían con ellas lo dejaban al instante privado del sentido por dos ó tres horas. En la guerra defendían sus campamentos con fosos y barranqueras que hacían con sus macanas.

Usaban de celadas y mantenían una gran vigilancia.

Eran celosos de sus mujeres; pero ignoro la manera como hacían sus matrimonios.

Los Quindoraes de las márgenes del Motatán enterraban sus muertos en un lugar determinado

y en cuevas que hacían en una peña ; allí, al lado les ponían sus objetos de más estima y valor ; y de ciertas tradiciones que he oído, infiero que les ponían también, chicha, maíz y algunas raíces. Hoy se ven todavía algunos de estos sepulcros. Los Mucuchíes cavaban sus sepulcros en la tierra, formaban una especie de bóveda, dejándole una abertura por su parte superior, por donde introducían el cadáver, la cual tapaban muy ajustadamente con una laja ancha y plana. Con frecuencia al arar ciertos campos, se descubren estos sepulcros que los indios llaman *Mitoy*, y al lado del cadáver se encuentran unas piedrecitas encarnadas. Hoy cuando descubren un *Mitoy*, la laja que lo cubre la utilizan las mujeres para moler cacao, por lo plana y fina. De la misma manera construían sus sepulturas los Migueries ; colocaban el cadáver sentado y le ponían sobre las pier-

nas los objetos de su oficio y que había usado durante su vida.

Sus instrumentos musicales consistían en la chirimía, el fotuto, especie de flauta, el tambor y la maraca.

Los Chamas, construían canoas de un solo tronco para atravesar su río y hacían algunas tan grandes que cabían tres hombres y algún equipaje. Los otros pueblos, para atravesar los ríos caudalosos construían *tarabitas*, como los muiscas, con fuertes bejucos torcidos; se colgaban de ellos, y de otro bejuco los tiraban desde la orilla opuesta.

Ignoro sus leyes y prácticas civiles y la manera de sucederse los Caciques; pero infiero que estos eran los más ancianos Jefes de familia, dividiéndose de esta manera en patriarcados.

En ciertas épocas, que no puedo determinar, y cuyo objeto también ignoro, celebraban casi todos los pueblos de los Timotes unas

fiestas ó procesiones que consistían en danzas y bailes al aire libre al són de música. Para ello, se afeaban el rostro y el cuerpo con pinturas y adornos extravagantes, y cada indio llevaba en una mano una maraca que ajitaba al compás de la música, y en la otra un látigo con que se azotaban recíprocamente.

Los Timotes y Quindoraes tenían por base de su numeración el diez, que era el mismo sistema de los Cuicas sus vecinos; para seguir contando decían dos dieces, tres dieces etc. Otros pueblos, y entre estos los Miguries, contaban hasta siete solamente.

Puede decirse que cada pueblo de los Timotes hablaba un dialecto distinto; pero todos derivados del Chibcha ó muisca.

Es poco ó nada lo que puedo decir de estos dialectos.

Daré á conocer algunas palabras y frases de ciertos pueblos, escritas como las he oído pronunciar.

VOCABULARIOS

DIALECTO MUCUCHÍS

Cabeza.....	Quichaní
Orejas.....	Timabúm
Boca.....	Macabó
Plata.....	Saisai
Roca, peña.....	Carichouch
Pies.....	Cujú
Muchacho.....	Sari
Padre.....	Cruchtat
Madre.....	Cruchman
Cueva.....	Mitoy
Casa.....	Chimanacót
Papas.....	Tiguís
Sal.....	Chapi
Cerrero.....	Chiquiré
Dulce.....	Chiré
Cacao.....	Spiti
Lengua.....	Chiquivu
Huevos.....	Chiquipá
Animal.....	Ticagüai
Hermano.....	Cuchés
Hijo, Hija Guacharé (común á los dos géneros.)	
Pelo.....	Michú
Agua.....	Chipué
Piedra.....	Apirá
Tierra.....	Tirá
Hombre, mujer.—Miyoi—común á los dos géneros.	

DIALECTO MIGURÍ

Como está la familia?	Manupé tascoúa?
Como le vá blanco?	Mampé kic sep?
Como está la señora?	Manupé cari- gurá.
Ya viene mi abuelo.....	Guó cuatú chumú.
Ya viene mi abuela.....	Guó cuatú huisí.
Ya se fué mi Madre.....	Guó cutós chugue.
Ya es tarde.....	Guó quisuí
Ya es noche.....	Guó quisí
Madrugue mañana.....	Gassí muchí
Está lloviendo.....	Oquí moy
Ya se va?.....	Guó cuatoc?
Cuándo vuelve?.....	Pena sums?
Deme agua.....	*Me chimbú
Deme fuego.....	Me chirup
Una culebra coral....	Carí suy cuatú
Leña.....	Ti—semp
Dulce.....	Chibó
Alacrán.....	Quijut
Buitre.....	Quió
Zamuro.....	Musstitú
Gavilán.....Cué
Cachicamo.....	Unisúy
—Me*, puede ser	corrupción del es- pañol.

Miyoi tiene distintas acepciones, significa también: *amigo*, y regularmente la emplean como interjección.

La-*ch*-tiene el sonido de Sh, inglesa ó Sch. alemana.

Como está?.....	Machanisá
Para servirle.....	Guaristé
Trae leña.....	Machipé
Sople el fuego.....	Marú
Trae agua.....	Maíam chum piú
Trae cacao.....	Spifi sarsai
¡ Obedece!.....	¡ Fin chacharé!
Péineme.....	Mechi michú
Lento!.....	Timafaá!
Ir.....	Guateque
Vamos á beber....	Guateque chimabum
Bailemos.....	Guateque chimajó
Nó.....	Zoi
No bailemos.....	Zoichiguateque
Buenos días.....	Machimpé
Como le va amigo?..	Machimpé mayoi?
Mui bien, muy bien....	Uniquejegüez
Sentarse.....	Nis
Siéntese U.....	Manís
Comer.....	Cuibijá
Quiero comer.....	Anea cuibijá
Beber para quitar la sed....	Cuibimú
Ya comí.....	Cuibichajá
Comeré mañana.....	chabú cuibijá

Quién va?.. Machinepe in? (*in, enteramente nasal.*)

Me necesita señora?..... Michinepe sairá?

Tengo yertas las manos.... Currumpeche gruta cuñuñumé

Para llamar—*Mayoi*. Para contestar Mayinoch.

Ruba..... Timpóch

DIALECTO MIRRIPIÚ

Maíz.....	Hussá
Papas	Tigúss
Paloma torcaz.....	Tigubóm
Tórtolo.....	Chuípé
Sal.....	Chapí
Uno.....	Carí
Dos.....	Gem
Tres.....	Sirut
Cuatro.....	Pit
Cinco	Casum
Seis	Cabó
Siete	Tabíss
Characót.....	La casa
Carcán.....	El Juez
Nas cui.....	El difunto
Caac nuto.....	Hombre feo
Caac nicí.....	Hombre bonito
Cursum mitaifoc.....	Mujer bonita
Tigurús	Papa

Tiparantan	Plátano
Tis sus	Apio
Quiu caac Quioc	Aquel hombre zato
Chisnuguí	Bellaco
Tigaiora	Gallina
Tasbivús	Huevos
Tiboó	Dulce
Chapí	Sa.
Tisceph	Leña
Ticirqui	Perro
Tiguí	Piojo
Quis	Pulga
Choroc	Carne
Quiesho quiní	Viejo pichoso
Tispac	Tiesto
Nayuú	Oya
Chimpú	Agua
Manupe, cachim?	Como le va, hermano?
Asnarás	Mentiras
Cihtuúc	Frijoles
Tamupa quiam	No es para creer
Chiscau	Chicha
Escubisut	El trabajo
Chanbong	Harina
Chirup	Candela
Tituup	La piedra
Tamurcí	Hasta mañana
Suridipa	Arepa
Samup	Guarapo

Chapichingo	Para servir á U.
Amanupe?	Está Ud. bueno?
Manucuatú?	Donde viene?
Miyumiste	En el otro lado
Marzot	Lavar
Tiparact	Platos
Chujachusques	Queso
Cari	Uno
Gem	Dos
Sut	Tres
Pic	Cuatro
Cavó	Cinco
Casum	Seis
Saisai	Plata
Ticepe	Los blancos
Ticiuira	Las blancas
Mmtocas	Vieja
Chicás	Ají
Chiscau	Jícara
Timarzot	Látigo
Chacuio	Chimó
Cues	Cuñado
DIALECTO MUCUCHÍS DEL TORONDOY	
Baile	Chirastí
Uno	Manifiti
Dos	Cabo
Hombre	Cagne
Mujer	Cursum
Muchacho—a	Timua
Pueblo	Musipué

Cacao	Chiré
Sal.....	Chapí
Hasta mañana.....	Music
Juego.....	Chicabó
Animal.....	Jaguaí
Puerta.....	Papich
Mujer bonita.....	Nisjuó
Fea.....	Nutó
Uno.....	Carí
Dos.....	Gem
Tres.....	Chut
Cuatro.....	Pit
Cinco.....	Caboc
Seis.....	Capsín
Siete.....	Maigem
Ocho.....	Maijut
Nueve.....	Maipit
Diez.....	Tabís

Para seguir las decenas decían :

Once..... Tabís carí
 ó sea diez uno ; y así sucesivamente, hasta veinte, que decían *Tabís tabís, ó Gemtabís*, es decir, dos dieces. Este es el mismo sistema de numeración en el papiamento de Curazao, isla que al tiempo del descubrimiento la encontraron los españoles ha-

bitada por *Caiquetíos* como Coro y otras comarcas ya mencionadas,

DIALECTO TIGUIÑÓ

Hambre Som
Dios Ches

DIALECTO ESCAGUEY

Ají Chichim
Como está ? Machí cupé ?

DIALECTO TIMOTES

Como le vá ? Sairá ?
Uno Piti
Dos Jenca
Tres Suca
Cuatro Pit
Cinco Múbis
Seis Majen
Ajisero Chicás

Esta última palabra es la misma en todos los dialectos para determinar igual condimento; digo condimento, porque no es la vasija la que quieren expresar sino la sustancia misma.

Se observa que la palabra *Mucu*, entra en la composición de gran número de nombres de sitios, ríos, lagunas, pueblos, pá-

ramos y zanjones que se conservan en este territorio.

Setentiocho palabras que principian por *Mucu*, tengo recogidas, á saber :

Mucuchíes	Pueblo
Mucurubá	"
Mucuchachí	"
Mucutuy	"
Mucujún	un río en Acequias y otro en Mérida.
Mucumpate	Sitio
Mucusirí	"
Mucumamá	"
Mucujepe	río
Mucununtá	Sitio
Mucufafí	Páramo
Mucumís	Sitio
Múcura	Vasija de barro cocido
Mucuy	Nombre de una cañada
Mucufés	Sitio
Mucumpís	Quebrada y sitio
Mucumbán	Sitio
Mucumpiche	"
Mucubají	Un río, una laguna y páramo.
Mucutirí	Sitio
Mucusún	"
Mucurandá	"

Mucunduy	Sitio
Mucurú	"
Mucubusai	"
Mucusá	"
Mucusapió	"
Mucurbuche	"
Mucutucuruy	"
Mucután	"
Mucuirá	"
Mucujuquián	"
Mucuranó	"
Mucutibón	Quebrada
Mucubote	"
Mucusurú	"
Mucundú	Laguna y sitio
Mucuchache	Una tribu
Mucuñuque	Páramo
Mucutubán	Cerro
Mucutisis	Páramo y cerro
Mucuré	Sitio
Mucutujote	Zanjón
Mucuchapí	Páramo
Mucupuén	"
Mucuyupú	"
Mucusé	"
Mucusarí	"
Mucujote	"
Mucutí	Loma
Mucutatay	Sitio
Mucuqui	"

Mucuanbín	Sitio
Mucurutey	"
Mucuche	"
Mucuquique	"
Mucunutá	"
Mucutarai	"
Mucurizá	"
Mucutapó	Quebrada
Mucucharami	"
Mucurrujún	Pueblo
Mucumbás	Cerro
Mucúm	Risco
Mucuquiquí	Quebrada
Mucuibuche	
Mucurrufuén	
Mucuteno	Arbusto
Mucunchanchín	Quebrada
Mucucharaní	
Mucurrapí	
Mucusanjú	
Mucusurú	Loma
Mucupatí	Río
Mucunabás	Cañada
Mucutá	"
Mucuñanú	Quebrada
Mucuraparo	Sitio

No sé que por sí, signifique nada *Mucu*, gran interés he tenido en averiguarlo ; pero hasta hoy no lo he conseguido.

Sospecho sí, que ella se refiera á designar el sitio, la calidad ó condiciones de la cosa que se quiere expresar, pues en la palabra *Mucuchapí*, por ejemplo, nombre de un páramo que se encuentra en la comarca asiento de los *Mirripuyes*, “chapí”, en el dialecto de este pueblo significa sal, siendo de observarse que en ese páramo es muy abundante el alumbre, el cual llaman en estos lugares *sal de páramo*, de donde puede deducirse que en la palabra compuesta *Mucuchapí*, *mucu* determina el lugar, el sitio donde está la cosa, por tanto mucuchapí pudiera traducirse así: *lugar de sal*.

De todos estos pueblos sólo quedan ya unos pocos restos; unos tantos Mucuchíes, Mucurubas y Escagüeyes, algunos Mirripús, Tiguiñoses, Miguríes y Jajíes y uno que otro Timotes, Quinaroes y Aricaguas.

Parece también que, entre las

faldas de la Cordillera y las selvas del Lago, vagan todavía unos pocos de la raza *motilones*. Me han dicho que los han visto en algunas ocasiones; yo no lo afirmo.

Herrera y Antonio de Ulloa, dicen, que “basta ver un americano para saber como son todos”, aserto con el cual no está conforme Zimmermann, no obstante encontrar que los habitantes de América no se distinguen de los polinecianos, en cuanto al color, la estatura y el cabello; y ofrecer entre sí tan poca diferencia, que desde los primeros descubrimientos hasta nuestros días casi nunca se ha dudado que perteneciesen todos á una raza única. Yo no creo tampoco que deba darse por cierta una afirmación tan absoluta como la de Herrera y Ulloa. “Los habitantes de América, dice Humbolt, aparecen iguales en su conjunto desde el estrecho de Berhing hasta la Tie-

rra del Fuego. Son una misma raza ; pero bajo diferentes aspectos, lo que hace que los pueblos americanos difieran unos de otros". Y esto debe ser así, porque basta observar con alguna atención los pueblos de Mérida para encontrar al momento notables diferencias. El mucuchíes, por ejemplo, es de elevada estatura, de labios gruesos, color de ocre oscuro, nariz algo grande, de miembros fuertes y regularmente proporcionados. El mirripú (del Morro) es pequeño, fornido, sus miembros musculosos, robustos y muy desarrollados, más grueso el labio superior que el inferior, de color acanelado y cutis liso. El quirorá, es de regular estatura, de pecho prominente y ancha espalda, robusto y de color acanelado claro. El quinaró (de Lagunillas) es de un color muy oscuro, pudiera decirse que es negro, de labios mas bien finos, de vientre desarrollado, grueso de cuerpo y de miembros

delgados. Y así los otros pueblos presentan diferencias tan notables que al momento son advertidas del más descuidado observador.

Estas diferencias tan marcadas en pueblos tan cercanos por la distancia ; pero tan separados por razón de altura, y ocupando regiones tan desiguales como contiene la Cordillera, no pueden ser sino efecto producido en ellos, por diferencia de alimentación y por influencias climatológicas.

Al tiempo de la conquista estaban estos lugares muy poblados. Eran sus moradores, blandos de carácter y de índole apacible ; de gentiles proporciones y las hembras sobre todo muy hermosas. Sólo los del valle del Motatán, los Timotes, unían á su gallardo continente lo altivo y belicoso del carácter.

No eran como otros pueblos de América, nómades, ni vivían del pillaje, ni cometían actos de

canivalismo. Debían amar á su patria, practicar algunas virtudes y tener algunas buenas costumbres, una vez que vivían de asiento en su país; que cultivaban la tierra para proporcionarse alimento; que hilaban y tejían el algodón para hacerse sus vestidos; que tenían la idea del bien y del mal y que castigaban con severas penas, vicios que por decencia no refiero.

Cuando sintieron en sus cercanías á los conquistadores, se retiraron á lo más agrio y escarpado de sus montes, cortaron con hondas cavas la parte por donde eran accesibles; hicieron para fortificarse grandes estacadas, y en esta disposición, más hija del temor que del ánimo de combatir, esperaron sobresaltados la nueva raza invasora. Débil fué la resistencia que opusieron: sumisos doblaron el cuello al vencedor, quien, al despojarlos de su libertad y de sus tierras, unciolos al yugo del

trabajo y á la esclavitud colonial. Sólo los belicosos Timotes opusieron una vigorosa resistencia; pero á pesar de su heroísmo y su bravura fueron vencidos por la superioridad de las armas; se sometieron también, y la mezcla de las dos razas quedó consumada.

Era el año de 1558

Antes, en 1530, el primer contacto de los aborígenes de Mérida con la raza europea, fue con el pueblo de los *Guarintes*, que habitaban en las márgenes del río Chama, entre la selva y Estanques. El español Francisco Martín, único sobreviviente de la desgraciada expedición del capitán Íñigo de Bascona, acertó á salir á aquel pueblo vogando sobre un madero en el río; contrajo matrimonio con la hija del Cacique y tuvo tres hijos. La mezcla, pues, de las dos razas en este Estado, tuvo por estirpe la realeza indiana.

Ahora, en 1558, el contacto de los Timotes fue con españoles de la Extremadura oriundos de España.

Juan Rodríguez Suárez conquistador de la Sierra Nevada y fundador de Mérida su primera ciudad, trajo en su compañía sesenta y cuatro españoles y algunos indios chitareros de Pamplona. El mismo año se aumentó este número con ochenta españoles más traídos por Juan Maldonado y doscientos indios chitareros.

El comercio quedó establecido entre las dos razas; y los Timotes que con gran facilidad abrazaron el cristianismo, fueron poco á poco tomando los usos y costumbres de los europeos y mezclándose de tal modo, que hoy, como ya he dicho, sólo quedan unos tantos centenares de raza pura.

Es que el indolente indígena, condenado á desaparecer del mundo, debía fundirse en la nue-

va raza para aparecer en el laborioso, inteligente y heróico mestizo.

En 1560, se avecindó en Mérida el español Diego García de Paredes el fundador de Trujillo, con otros compañeros más.

En 1668, á consecuencia del saqueo hecho en Trujillo por el pirata Gramónt, muchas familias de aquella ciudad se trasladaron á Mérida y fijaron en ella su residencia. Constantemente llegaron después europeos á establecerse á Mérida y también mezclas de estos, ya de las ciudades de Venezuela como de las del N. R. de Granada.

En el siglo XVII se establecieron en las selvas de Torondoy y Arenales los *Motilones*, pueblo nómade, numeroso y guerrero, que pronto ocupó toda la faja de terreno que media entre la Cordillera y las selvas del Lago.

El centro principal de estos indios fué en la *Sabana*, no muy

distante de Jají. Debieron su nombre á la costumbre de llevar hombres y mujeres el pelo cortado. Vivían de la rapiña y el robo, asaltando las poblaciones de indios reducidos y los establecimientos de los españoles de sus inmediaciones. Estos asaltos fueron tan repetidos por los lados de Torondoy y Tucaní, que terminaron por destruir la comunicación entre Mérida y Gibraltar. Después, cuando su número quedó muy disminuido por razón de sus constantes guerras y por la persecución que se les hacía, fue que pudieron sojuzgarlos. Los P. P. Capuchinos de Navarra los catequizaron y formaron con ellos varios pueblos; se confundieron poco á poco con la población, y hoy, sólo quedan unos pocos vagando por las selvas del Lago, si son ciertos los informes que me han dado y que apunté más arriba.

La raza africana, que desde

1522 aumentó su entrada en Venezuela, debido á las candorosas gestiones del P. Bartolomé de Las Casas, no penetró en esta Sección sino muchos años después, y en una cantidad tan limitada que sólo alcanzó su número á unos pocos centenares. Los benignos climas de la Cordillera, fríos y frescos en su mayor parte, impidieron seguramente la aclimatación en estos lugares, de esa raza hija del ardiente suelo africano. Tampoco tenían mucha facilidad para mezclarse pues los que venían eran esclavos; á lo que se agregó después, los efectos de una pragmática publicada en Venezuela en 1776, prohibiendo los matrimonios cuando estos se pretendieran entre personas blancas unas y de color otras.

En el año de 1839, sólo había en esta Sección de Los Andes cuatrocientos cuarenta y nueve esclavos distribuidos en el territorio así; En el departamento

Mérida 237; en el de Mucuchíes con Timotes 26; en el de Ejido con el que hoy se nombra Sucre, sin Pueblo Nuevo, 82; y en el de Bailadores con Tovar 110. Cuando se dió la libertad á los esclavos muchos de estos se fueron á otros Estados.

La raza africana parece que ha tenido aversión á la Cordillera; nunca ha querido internarse en ella; y ha preferido las calurosas y miasmáticas playas del Lago, á las frescas y benignas comarcas de la serranía. Esta raza, como se vé, no ha podido cruzarse mucho en este Estado; pero las mezclas de ella, que existen, se distinguen por la viveza y energía del carácter, su disposición para las bellas artes y los estudios en general; tienen talento y están siempre animados del deseo de aprender. Las hembras son de vivo ingenio; de bellas formas, ojos negros y mirada penetrante, pelo ondeado negro y no

muy largo, el pecho perfectamente formado, pies y manos pequeños y de un conjunto muy agraciado.

La masa principal de la población es la *mestiza*, es decir, la proveniente de la mezcla de blanco é indio y mezclas de esta mezcla.

Las cualidades morales de esta raza son excelentes para constituir buenas sociedades. Al fondo de juicio y honradez característico en ella, debe atribuirse en gran parte, la moralidad y buenas costumbres que distinguen á los pueblos de Mérida.

Dice Bumeister que, “en las mezclas se atenúa en las razas todo cuanto hay de exagerado en sus cualidades, observándose, por ejemplo, que la rudeza se cambia en finura y elegancia.” En los pueblos de Mérida, puede observarse fácilmente, que esa desconfianza cervical, característica en el indio, está en el mestizo suaviza-

da de tal modo, que aparece convertida en una discreta circunspección, en prudente reserva, condición moral muy favorable para vivir en las presentes y futuras sociedades. También puede observarse en el mestizo, ciertos razgos de noble altivez y un sello de dignidad en su carácter, que, en mi concepto, no es otra cosa sino la soberbia y arrogancia española modificada por la mezcla de las razas. El mestizo de estos lugares es inteligente, tiene amor á las artes y á las ciencias, y con frecuencia sobresalen en todos estos ramos del saber, hombres que alcanzan notable mérito.

Si en estos pueblos de que trato, se quisiese reconocer el mestizo por el color de la piel, se cometería un gravísimo error; los hay, y en gran número, tan blancos, que no se diferencian de los europeos y hasta hay algunos que se confundirían con los hijos de la raza sajona no sólo en la

blancura de la piel, sino en lo rubio del cabello y en lo azul de los ojos.

A proporción que las mezclas se suceden, el color blanco va generalizándose en todas las capas sociales; y si en lo futuro, la masa de la población no es modificada por otra mezcla diferente, el color blanco será el único en estos lugares de la Cordillera.

No obstante el color, es fácil conocer el mestizo, sobre todo, el hombre. En éste, sus pómulos están salientes, la nariz ancha en su parte inferior; es más esbelto que el indio, ancho de espaldas y el pecho bien desarrollado. Las mujeres tienen largo y liso el cabello, generalmente de un color negro brillante en las primeras mezclas, castaño en las mezclas de mezclas, rubio en otras, y por lo común como queriendo invadir la frente, observándose los contornos de ésta, poblados de espeso vello. Tie-

nen las manos y los pies pequeños y bonitos, éstos algo arqueados por su parte inferior y el dorso algo pronunciado; sonrosadas las mejillas, los ojos hermosos y con cierta expresión de tristeza, en que sin duda se ha atenuado la mirada sombría y serena del indio; esto y la expresión de dulzura que vaga en sus labios hace que su semblante sea agradable y simpático.

El que haya vivido algún tiempo en Mérida, puede notar que su población sufre cierto flujo y reflujo, lento; pero constante. Este movimiento de la masa pobladora no es aislado aquí; él obedece á un movimiento más general en toda la Cordillera y con un rumbo fijo: de oriente á occidente, ó mejor dicho, en la dirección de la Cordillera de Barquisimeto al Táchira. Así vemos que constantemente vienen á establecerse á Trujillo individuos barquisimeños; á la vez trujillanos vienen

á establecerse á Mérida, y merideños van á fijarse al Táchira. Este último punto parece ser un centro común: Allí es numerosa la colonia granadina, y numerosas son también la merideña, trujillana, barinesa, maracaibera, coriana y de otros lugares.

Esta Sección de Los Andes tan favorecida por su situación topográfica, el fácil paso que ofrece de la hoya del Lago á la del Orinoco, su activa comunicación con los valles de Cúcuta y su frontera con otra República, presenta para la inmigración grandes ventajas que la harán sin duda en lo porvenir muy rica y próspera.

Como puede deducirse de lo escrito hasta aquí, la población de Mérida es un tanto homogénea, proveniente casi en su totalidad de las razas india y europea. Por eso en su localidad presenta menos obstáculos que otros pueblos de la República que tienen poblaciones mixtas.

El merideño, (hablo del Estado) es amante de la paz y obediente á las leyes ; pero no por eso gusta de ser gobernado por tiranos, y así se le ha visto muchas veces alzarse en masa para repeler al invasor extraño, cuando ha venido con ínfulas de conquistador, ó para derrocar al gobernante que se ha convertido en tirano. Es innato en él, el sentimiento de la libertad y el amor á la independencia ; por eso en 1781, secundó con las armas, á los *comuneros* del Socorro, desconociendo á las autoridades españolas y proclamando la abolición de ciertos fueros, dando así, Mérida, el primer síntoma de independencia en Venezuela ; por eso en la guerra magna, fué esta Provincia de las primeras que siguieron el movimiento de Caracas con ardor y entusiasmo, que todo lo ofrendó en aras de la Patria : sus riquezas y sus hijos ; por eso en 1813, al paso del Li-

bertador por estos lugares, se vió seguido de una numerosa juventud patriota, á la par que valerosa, salida voluntariamente de todas las clases sociales para ir en su patriótico arrebató con el Genio de América á regar con su sangre los campos gloriosos de la Patria; por eso los merideños de hoy, ya de las clases populares como de las más elevadas cuentan por progenitores á progenitores de la libertad en América.

Los merideños son laboriosos, amantes del trabajo, y hacen de él, pudiéramos decir un culto; la agricultura y la cría son sus principales ocupaciones. Les gusta instruirse y aprenden con facilidad; son discretos, y como dice Codazzi, “tienen bastante perspicacia, profundidad en las ideas y afición á la literatura.”

Las mujeres son virtuosas, excelentes esposas, y madres abnegadas; sufren resignadas las mudanzas de la varia fortuna; gus-

tan del trato de familia y de los pasatiempos del hogar, poco de las fiestas públicas y del exigente trato social que hay en otros lugares ; usan trajes llanos y sencillos y no gustan de modas que descubran los brazos y el pecho. Son suaves de trato, modestas y en general bellas y graciosas.

Con una población de tan buenas prendas morales, con terrenos tan fértiles y propios para todos los cultivos ; con todos los climas de la tierra ; con gran variedad de hermosísimos paisajes y dilatados horizontes, donde el espíritu del hombre se ensancha, piensa y crea ; con tales circunstancias, pues, y **CONTANDO CON QUE, TARDE Ó TEMPRANO HA DE CONSTRUIR UN CAMINO AL LAGO, POR SER ESTA SU NECESIDAD MAS IMPERIOSA Y URGENTE,** no será aventurado, augurar para este Estado un porvenir próspero y feliz.

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS

Reg BA-18663

Clas.

Parr u. S. Doctor Pedro M.^o Arca

Et Autor.

— Martín Matos Arvelo —

Algo sobre etnografía
DEL
TERRITORIO AMAZONAS
DE
VENEZUELA.



Imp. y Encuadernación de Benito Jimeno Castro
Ciudad-Bolívar (Venezuela)

— 1908 —

• BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS - VENEZUELA

Lo que no hemos podido alcanzar los blancos derrochando raudales de sangre y esfuerzos titánicos, lo han obtenido los indios sin esfuerzos y sin sacrificios: la igualdad y la unión. La verdadera fraternidad predicada por Krishna y luego por Cristo, siglos más tarde.

Todos los indios son iguales y todos son unidos; entre ellos ninguno es más ni mejor que otro. No tienen aristocracia ni plebe. A todos los ancianos se les llama abuelo, tío ó suegro; á todos los jóvenes nieto, sobrino ó yerno; y los de igual edad se llaman recíprocamente *nuri*, ó sea cuñado. Su unión es tal, que en sus pueblos comen todos juntos, hombres y mujeres, en cuclillas, en círculo, en mitad de la plaza, presididos por su capitán ó casique. En ese banquete diario cada uno contribuye con lo que tiene, es decir, lo que ha traído de sus excursiones de pesca ó cinegéticas; y todos con algo de cazabe y de *yucuta*. El duelo de uno es el duelo de todos; la alegría de uno es la alegría de todos. No disputan ni riñen jamás entre sí, salvo en algunos casos de embriaguez. No acusan al compañero ni le delatan; si vá en fuga por cualquier circunstancia todos le proporcionan recursos y elementos para su rápida

marcha ; y si se les pregunta, no saben nada ni han visto á nadie. Sienten horror por la efusión de la sangre humana. Demás está decir que no han sido ni son antropófagos.

Sus costumbres son sencillas y patriarcales : viven vida primitiva. Todo su gobierno se reduce á su capitán ó casique, cuyas decisiones son acatadas por todos, y que es por lo regular el más anciano de la tribu ó la más anciana, pues hay pueblos de indígenas regidos por viejas, que son unas archi-abuelas á quienes todos respetan y veneran.

El robo entre ellos no existe ; sólo los reducidos roban al blanco en cualquier descuido, pero no dinero ni cosas de gran valor, sino aguardiente ó bagatelas. Robarle al blanco es artículo de fé y de conciencia para el indio, porque se cree constantemente robado por el *racional*, y á fé que tienen razón. No son propensos á la criminalidad. En diez años he sabido de tres indios asesinados por indios. El uno lo fué por celos, el otro fué muerto en una riña en que estaban todos embriagados ; y al último le quitó la vida su cuñado, quien le atribuía la muerte de su hermana por brujería ó “daño”: el indio jamás muere de

muerte natural sino por medio de "daño"; es decir, la mano invisible de un enemigo oculto le ha envenenado suministrándole raíces intoxicantes en el agua que ha de tomar ó en cualquier alimento; también son muertos á distancia por medio de conjuros, cantos y danzas misteriosas; á esto último le dicen *soplar*.

Llaman *dañero* al que suministra el *camajai* (veneno). El *dañero*, es un indio noctívago, que jamás aparece de día. Cuando las tinieblas imperan sobre el poblado, es la hora del *dañero*; entonces escuchan el agudo silbo que lanza y lo sienten en los patios de las casas: los perros aullan á la vista de tan siniestra aparición; y los indios aterrorizados atrancan sus puertas. Llaman *soplador* al que mata por medio de su influencia y relaciones con los *Máuaris*, ó espíritus infernales.

Cuando enferman se creen, naturalmente, envenenados con el *camajai*, y acuden á sus *chupadores* ó médicos en demanda de salud. El *chupador* entonces, se impone un ayuno riguroso y se lo impone también al paciente y comienza la operación de *chupar*. El *chupador* enguayucado y pintado de negro y rojo el rostro, pecho, espalda, brazos y piernas, y ostentando un vistoso plumaje

en la cabeza, pasa la noche entera al lado del doliente, murmurando palabras misteriosas y cantando de un modo gutural é ininteligible una especie de letanía monótona y lúgubre, acompañada de algo así como una danza sagrada y de raras y forzadas contorsiones, hasta quedar empapado en sudor y extenuado de fatiga. En la mañana siguiente aparece el *chupador* empuñando una maraca pequeña y emplumada; y con ella traza en el aire sucesivamente y con rapidez, figuras elípticas, semicírculos y líneas rectas, curvas y quebradas; agitándose para todos lados; apostrofando enérgicamente á espíritus invisibles, pidiéndoles poder para extraer el *camajai* de aquel cuerpo enfermo; y finalmente, absorbiendo el *yopo*, especie de polvo narcótico, embriagador, revelador de lo desconocido, que lo sume en uno como éxtasis extra-terrágeno, en el cual se arroba, sin dejar de emitir sonidos guturales y extraños, que traen al corazón algo parecido á una sensación de miedo supersticioso. Terminada esta ceremonia se acerca al enfermo, le hace apurar un líquido con yerbas misteriosas, y, aplicando los labios al lugar donde tiene su imperio el dolor, hace allí succiones formidables. Y de aquel cuerpo

con *camajai*, con grande admiración de todos y mayor espanto del paciente, extrae el *chupador*, una piedra blanca, ya una culebra, ora un sapo, ó bien un ratón, ó cualquier otro animal ! La impresión del enfermo es terrible, pero la idea de que le han extraído del cuerpo el agente que le mataba, le trae en el acto una formidable reacción, preludio de una crisis favorable, que unida á las virtudes curativas de las yerbas tomadas de antemano, efectúa la pronta y rápida curación. Tal así es el poder de la sugestión que ejercen.

Nada tan sencillo ni tan natural como el matrimonio del indio. Apenas enamorado de su bronceada dulceinea, le manifiesta su afecto, no con versos, ni flores, ni lágrimas, sino con actos de destreza y de valor, demostrados en el trueno del raudal, ó en la cacería del tigre, del león y demás fieras de la selva. No habla del Parnaso ni de las musas, sino que en pocas palabras le dice que tiene su conuco, su rancho, su curiara y sus perros cazadores ; que todo esto será de élla al vivir con él ; que es hábil para la pesca y para la caza ; y que en su troje de asado siempre ha visto unidos á la danta, el laulau, la lapa, el chácharo y el picure. La india sencillamente le dice que acepta

su conuco, su curiara, su rancho y sus perros cazadores. Ya está dado el sí y el feliz hijo de la selva se dirige á sus futuros suegros y solicita la mano de la indiecita que por lo regular le es concedida sin dificultad. Hecho esto, recoge ella su ropa, que acomoda en una "guapa" y se vá para su nuevo hogar con su marido, quien lleva la "guapa" en la cabeza. No hay Concejo Municipal, ni cura, ni padrinos; no se fijan carteles ni se firman papeles, y sin embargo, la unión de estos dos seres es sincera, sólida y firme; y tienen sus hijos y viven juntos y felices toda la vida y se guardan fidelidad. ¡Qué lección de moralidad para nosotros, que la quebrantamos á despecho del Concejo Municipal, del cura, de los papeles firmados y de los juramentos!

Cuando nace el hijo, no es la madre quien guarda cama y dieta sino el padre. Tienen la idea, de que si el padre come ciertos alimentos y frutas se le declaran al niño enfermedades cutáneas; y si revienta (rompe) bejucos ó corta ó hiere cualquier cosa, es motivo de inflamación para el ombligo del recién nacido. Casi inmediatamente después del parto, la india se vá al río para bañarse y lavar á su hijo. La partera entre ellos es inútil. Para la india, el dar á luz no es

motivo para interrumpir sus trabajos en su conuco, ni sus faenas diarias. El nene tampoco es sujeto á ningún cuidado especial; él es llevado al conuco por la madre que lo carga en las espaldas metido en un *catumare*, y allí, como ella, soporta los rigores del sol y de la plaga.

El conuco es lo más grave y trascendental que tiene el indio, como que de allí depende su alimentación y la de su familia, porque entre ellos no existe el "mercado". Viven del conuco y de sus excursiones de pesca y de caza. A los doce ó catorce años ya el indio es apto para ayudar á su padre ó deudo, y así le acompaña á derribar la roza. Al hacer por primera vez este trabajo, ya entra en la categoría de hombre, y este notable acontecimiento es celebrado con una ceremonia en que el joven indio es puesto en ayuno por varios días, y separado de la familia; y para el efecto le construyen una choza en el bosque, cerca de la casa. El cuarto ó quinto día el padre ó deudo más próximo le aplica dos latigazos y entonces todos los parientes se dan látigo unos con otros. Las mujeres están excluidas de esta *fiesta*. Desde el mismo instante de la felpa, el indiecito es considerado en su casa y en su tribu como un hombre; y

tiene derecho de buscar mujer y aún hasta para formar hogar separado.

El indio jamás regaña ni le pega al hijo, salvo cuando vá á derribar la roza por vez primera que le da los dos latigazos ; pero estos son latigazos religiosos en cumplimiento de costumbres y tradiciones antiquísimas.

El respeto entre ellos á la propiedad es escrupuloso. El pollo ó el perrito del recién nacido no lo venden los padres á ningún precio. La propiedad de la mujer es sagrada para el marido y viceversa. Los padres no disponen de lo que pertenece á los hijos y éstos no tocan lo que es de aquéllos y así sucesivamente. Esta es una costumbre que parece haber sido tomada de los blancos, pues entre los primitivos aborígenes la propiedad era común y aún lo es hoy entre los no reducidos.

No se engañan jamás entre sí ; siempre se dicen la verdad. De allí viene la facilidad para engañar al indio, pues cree todo lo que se le dice. Entre ellos no existe la chanza ni la broma, y es perjudicial chancarse con ellos porque todo lo toman en serio, y si la chanza es de amenaza, huyen todos y dejan el poblado solo.

El carácter del indio es reflexivo, taci-

turno y retraído. La inmensidad de los ríos en cuyas riberas se levanta su choza solitaria; la imponente soledad de las selvas seculares, que por doquier le rodean donde habitan el jaguar, el león y todos sus enemigos; el eterno silencio en torno de su cabaña, á veces interrumpido por el bramido del huracán ó el rujido del tigre; y los peligros y dificultades que á diario tiene que vencer para subsistir el bronceado hijo de la floresta, en el regazo de esa madre peligrosa é impasible, contribuye poderosamente á la formación de ese carácter estóico, retraído, taciturno y reflexivo. Es desconfiado, por la costumbre de sus marchas cautelosas en los bosques poblados de enemigos. Es poco locuaz y comunicativo, por el hábito del silencio profundo, horas y días enteros, en vigilante acecho, escuchando los ruidos de la selva para adivinar la danta, el venado, la lapa, el chácharo, el báquiro ó el tigre. Sólo embriagado, momento anómalo de su existencia, se le vé conversador y expansivo, bailador y enamorado.

— Llaman al blanco *yaránabe* y le odian con ese rencor profundo y disimulado de la raza conquistada á la raza vencedora. Este odio, como el fuego sagrado de Vesta, es mantenido latente en sus tradiciones, sus

costumbres é idiosincracia, diametralmente opuestas á las nuestras. La india misma cuyo sueño dorado es vivir con "blanco", jamás olvida la diferencia de raza; y siempre dirá, hablando de su marido: "*ese yaránabe*," y hablando de cualquier indio "*éste mi primo*."

Cuando la india ha llegado á la edad núbil y aparece la primera manifestación del período crítico, lo participa en el acto á la madre y en su defecto á la que haga sus veces. Este es un grande acontecimiento en la familia y la tribu, y las fiestas de *Máuari* ó del diablo son de rigor en este caso. Al efecto, los hermanos ó parientes se van al bosque y de las palmas del *cucurito*, *manaca*, *seje* ó *chiquichique*, tejen una estera de dos varas de largo por una y media de ancho, poco más ó menos, donde sientan á la indiecita, quien debe permanecer allí cinco días consecutivos ayunando y en vigilia, porque de noche le forman un gran ruido de gaitas y tamboriles. Lo más que le suministran en esos días de ayuno y de insomnio, son pedacitos de casabe que le arroja la madre ó pariente á varios pasos de distancia y con palabras irritadas al parecer. El cuarto día en la noche se congrega toda la familia ó tribu en la casa de la in-

teresada, y aparece el *piache*, especie de sacerdote, adivino ó brujo. Y todos en cuclillas forman un círculo en cuyo centro está el *piache* soplando ó exorcizando la *yucuta*, que es un carato de *mañoco* ó sea harina granulada de yuca mezclada con agua. Y toda la noche la pasan alrededor de esta *yucuta*, entonando el *piache* un canto singular al que hacen coro todos los indios reunidos. A la mañana siguiente administran la *yucuta* á la bronceada vestal. Y este acto hace época en su vida, pues desde ese instante queda considerada como una mujer apta para el matrimonio; y ya se han clavado en ella las eróticas miradas de los mocetones indios allí presentes. Terminada la ceremonia de la *yucuta* viene la del látigo. En un taburete hecho *ad-hoc*, sientan la virgen selvática, desnuda de la cintura para arriba y pintado el cuerpo de rojo y vienen los consejos. El más viejo ó más respetado entre ellos se le acerca ostentando en la diestra un látigo de torcida *curagua* (especie de pita) que termina en la punta con un agudo diente de caribe; y en su lengua *baniba*, incomprensible para la generalidad de los blancos, así le habla: "Todo indio es tu pariente ó es tu amigo: todo blanco es tu enemigo; es el enemigo de tu raza. Si

un indio llegare hambriento á tu casa, dale de comer ; si llegare sediento, dale de beber ; si llegare con frío, dale un puesto al lado de tu fogón. El indio es tu amante natural ; á él le darás tu corazón y tu cuerpo sin interés. El *yaranabe* es un intruso entre nosotros, venido de su tierra para arrebatarnos la nuestra ; si él solicitare tu amor, dale tu cuerpo no tu corazón, y hazle pagar caro por ello ; pues todo lo que él dé, solo es una mezquina devolución de lo que nos ha quitado." Estos y otros consejos son dichos á la indiecita en un tono solemne, en presencia de toda la tribu, que escucha en silencio respetuoso, lo que en el fondo no es otra cosa que el odio profundo contra el *yaránabe*, abriendo cráter y explotando. Terminados los consejos el indio viejo se acerca á la jóven y le aplica dos rudos latigazos, que cortan el delicado cuerpo de la muchacha debido al agudo diente de caribe que tiene en la extremidad ; y después la levanta del asiento agarrándola por la cabeza. Y todos entonces hombres y mujeres, desnudos de la cintura para arriba, y empuñando cada uno un látigo, se flagelan recíprocamente sin contemplaciones por el sexo ni la edad. Aquello se convierte en una verdadera batalla de cuerazos, allí no esca-

pa nadie; hasta á los recién nacidos les toca su parte. Terminada la ceremonia del látigo van los indios á refrescar sus cuerpos ó restañar su sangre, (pues el diente del caribe hace el efecto de un afilado cuchillo) en las magníficas aguas del negri-rojo Guainía.

El ayuno que le imponen á la jóven es acaso con el objeto de hacerla sentir los dolores del hambre, de modo que sepa que es necesario trabajar para precaverse de ella. La vigilia es con el fin de hacerla ver lo duro y desagradable que es velar, y que debe, de consiguiente, ser buena hija para con sus padres, que para criarla pasaron muchas noches de insomnio. La *yucuta* "soplada", es decir, purificada, que le dan á tomar significa que tan pura como esa *yucuta* deben ser sus acciones para con sus parientes, es decir, sin engaño ni mentira y mala fé; y finalmente, los latigazos que le aplican simbolizan el dolor del castigo que le espera si procediere de manera contraria. Los latigazos de los parientes entre sí, tienen el mismo simbolismo.

En la noche se reúnen todos en la casa del baile, que es por lo general, la choza más espaciosa del pueblo, alumbrada por resinas encendidas aprisionadas en secas conchas (cortezas) vegetales. Y allí en ple-

na sala se mira una gran curiara llena del tradicional *yaraque*, bebida compuesta de la masa de yuca fermentada. Y se escuchan ya las gaitas y carrizos modulando sus dejos melancólicos y tristes, como la tristeza de la raza vencida, cuando de súbito un espantoso concierto venido de la selva, hiela en las venas la sangre y pone espanto en el corazón, pues parece que todas las fieras y animales del bosque, han invadido el poblado. El *Máuari*, es el diablo, que se aproxima á la casa del baile seguido de un séquito en que cada uno representa un animal, y viene rugiendo, aullando ó cantando, según su representado, con inimitable perfección.

Rápidas como corzas huyen las indias á ocultarse, pues la que sea suficientemente desgraciada para mirar al *Máuari*, perderá inexorablemente la vida, y la matarán sus mismos padres, ó su marido, ó su hijo ó hermanos; porque de acuerdo con sus ritos la mujer que vea al *Máuari* debe morir, y esta ejecución queda encomendada á sus deudos más próximos, que la ejecutan con eficacia y celo. ¡Cuán terrible es el poder de la tradición y las costumbres!

A poco aparece en la sala el *Máuari*, que es un indio vestido de tal: completamente

cubierto el rostro por una máscara, ostentando en la cabeza un gran *caramero* de cuernos de venado; enguayucado y pintado el cuerpo de negro, lo que le dá un aspecto infernal y siniestro. Su horrible comitiva viene disfrazada según el animal que representa. *Máuari* da varias vueltas por la sala seguido de su espantoso séquito, que un momento no deja de rugir, aullar y gritar, según su representación; y todo esto acompañado por los *yapururos*, botutos largos y delgados de sonido fuerte y bronco, que se oye á gran distancia, y que en el silencio de la noche remeda algo así como un quejido de la selva.

Concluye el baile de máscaras, se ausenta el *Máuari*, y poco á poco van apareciendo de nuevo las indias en la sala de la fiesta, donde bailan el *curumare*, la *palometa*, el *pavón*, el *laulau*, el *pilón* y otras danzas indígenas, singulares y caprichosas, que son llevadas á efecto al son de gaitas, tamboriles y carrizos.

El baile dura toda la noche y sólo termina cuando todos, hombres y mujeres, completamente embriagados yacen por el suelo, es decir, cuando el *yaraque* fermentado hace su efecto.

El siguiente día por la mañana, todos en

cuchillas y presididos por su capitán, van tomando y pasando unos á otros la totuma llena de la famosa *cupana*, el gran reconstituyente indígena especie de coca de los peruanos; y después de rememorar los grandes acontecimientos del día anterior, se marcha cada cual á su conuco, á su trabajo diario, y el único recuerdo que queda de las fiestas de *Máuari* es la cicatriz en sus bronceados cuerpos de la cortadura del diente del caribe.

Cuando un indio muere, no hay duda, que el *dañero* le arrebató la vida con el *camajai*. Apenas ha expirado le cortan un bucle de pelo, las uñas de las manos y de los piés y le sacan la piel de los talones. Esta operación la hacen los parientes en secreto y guardan todo esto con el mayor cuidado. Tan pronto como es conocido el fallecimiento en la tribu, se llena de gente la casa mortuoria y comienzan los *lloros*. Estos *lloros* son una ceremonia como cualquiera otra, y con sus reglas, su armonía y su compás, traen á la memoria las plañideras de antaño.

Las mujeres se sientan en el suelo formando rueda, y la madre, esposa ó hermana del difunto ocupa el punto céntrico. Entonces empieza la doliente, en forma de

canto fúnebre, una como biografía del muerto y una dolorosa lamentación de las ventajas perdidas por la muerte del deudo. Tras la narración, en este canto extraño de cada hecho del finado ó la queja de la pérdida de una ventaja, contesta el coro de mujeres con sollozos sin lágrimas, y gritos y alaridos sin sentimiento. Esta ceremonia dura el primer día ocho ó diez horas, y después de enterrado el cadáver, de tres á cuatro horas diarias en los subsiguientes, durante un mes, al cabo del cual se *llora* cuando por cualquier circunstancia viene á la memoria el recuerdo del difunto. Y es el caso, que si en esos momentos alguien propone un baile, se le contestará placenteramente que al terminar el *lloro* bailarán. Y en efecto, yo he visto, inmediatamente después del primer *lloro*, y el cadáver aún tendido sobre una tabla, á los deudos más próximos del finado bailando alegremente; y al preguntarle porqué lo hacían, me han respondido que estaban alegrando su tristeza. Los indios no lloran, pero beben, y ya ebrios, gritan, discuten y tocan instrumentos, lo que unido al *lloro* forma un bullicio que á distancia remeda una alegre fiesta. El cadáver, después de velado, lo entierran en la casa pues esa es

la costumbre: no usan cementerio. Se entiende, los no reducidos ó que no viven en poblaciones.

Allí concurre también el *piachi*, quien pasa noches enteras en diálogo misterioso, con espíritus invisibles pidiendo una “buena vida” en la otra vida para el indio fallecido.

A los pocos días emprenden los parientes el gran viaje para llevar el *sucio* al río Bichada donde reside un dios guahibo especie de hechicero cuya gran fama vá hasta las márgenes del Amazonas. Este *sucio* que van á llevar, es el pelo, las uñas y los pellejos del talón quitados al difunto; también llevan escopetas, baúles, telas y víveres para recompensar al dios bichareño.

El viaje dura de tres á cuatro meses de ida y vuelta, pues esta divinidad terrenal mora á gran distancia del Guainía. Una vez en presencia del famoso brujo ponen el *sucio* á su disposición, y también los regalos que ufanos le llevan. Entonces el brujo absorbe el *yopo*, en solicitud de la inspiración, para ponerse en contacto con los espíritus infernales y adivinar lo desconocido. Una vez *enyopado*, comienza á fulminar furiosos anatemas contra el *dañero* que mató al dueño del *sucio*; y lo *sopla* desde allí, es

decir, le envía la muerte por medio de su influencia con los espíritus invisibles.

Los parientes del muerto regresan tranquilos, comprendiendo que su deudo está debidamente vengado. Y al llegar de nuevo á su pueblo preguntan quién ha muerto, durante su ausencia, por esos contornos. Si alguien ha muerto, ese es el *dañero*; y si no ha muerto nadie, el primero que muera es el envenenador! De este modo jamás se perjudica el crédito del dios del Bichada.

El indio cree en Dios, pero no le teme porque tiene de El la idea de que es un viejo bonachón é indolente; cree también en *Máuari* (el diablo) por quien siente un pánico profundo. A éste último le hace fiestas rumbosas para tenerle contento y agrado, porque siendo el genio del mal, no es prudente ni político irritarlo.

La religión del indio es una extraña amalgama de sus creencias primitivas y de los dogmas del catolicismo romano, que les inculcaron los misioneros españoles.

Creen en la inmortalidad del alma, y que al morir van á un bello lugar donde hay muchos ríos llenos de toda clase de peces, pululando en grande abundancia, que se pueden coger con la mano; selvas espléndidas llenas de toda especie de animales

gordos fáciles de cazar; gigantescos conucos donde crecen espontáneamente la yuca, el plátano, el mapuey y todo género de verduras, sin trabajo y sin cultivo; y finalmente, allí encontrarán al *yaránabe* convertido en su humilde y sumiso esclavo, y allí le castigarán su arrogancia, sus maldades y sus rapiñas terrenales.

Los indios moran en pueblos ó en sitios, pero generalmente en los últimos, que son cabañas solitarias levantadas en el regazo de la floresta, cerca de la orilla del río ó del caño. Sus casas en el poblado son embarradas; las del sitio, por regla general, no lo son, y las componen, por lo común, un solo aposento, que es á la vez sala, dormitorio y cocina; allí reciben, cocinan, comen y duermen, y allí, con beneplácito de los padres, realizan las hijas matrimonios fugaces.

Es cosa singular la idea indígena á este respecto. La india soltera tiene plena libertad de acción. Su belleza y sus encantos son patrimonio exclusivamente suyos; es su capital, del cual ella puede y debe sacar el mayor provecho posible. Sus atractivos deben proporcionarle ropa y la satisfacción de todas sus necesidades.

El indio reducido no cela á su hija por-

que esto sería perjudicarla, é impedirle que gane su ropa, jabón, sal y demás elementos necesarios á la existencia. Y esto se explica por el hecho de que al llegar el hijo á los doce ó quince años, ya los padres cesan de cubrirle sus necesidades, y tienen los hijos que proporcionarse lo que necesiten. Lo único que queda en común es la casa y la comida, pero los hijos tienen que contribuir á la primera, componiéndola cuando sea necesario, y á la segunda, buscándola en el bosque ó en el río, ó cocinándola si es hija.

Mientras mayor es el número de hombres que la solicita y la posee, mayor es el crédito de ella, porque esto es una alta recomendación para su persona; y no tarda en aparecer un marido, lo que cambia de un todo la vida de la india, que se concreta entonces á su esposo y á su nuevo hogar y le guarda fidelidad. El indio para casarse busca generalmente una mujer que ya haya paladeado los placeres del amor, porque él desea como lo manifiesta, *“vivir con una guaricha que ya sepa bueno lo que es hombre.”*

La deshonra de la india no consiste en la pérdida de la virginidad, ni en sus múltiples relaciones amorosas, sino en su incapacidad ó indolencia para el trabajo del conu-

co, en su desaseo, ó en su negligencia para las faenas domésticas.

La india usa raíces y hojas llamadas *pusanas*, y se las administra al hombre en las bebidas y comidas. Créese que estas plantas tienen la virtud de aumentar hacia ella el afecto del amante ó del marido; créese que bajo la acción de estas raíces, el marido no puede olvidarla ni abandonarla; y si hace algun viaje, al recordarla llorará amargamente y regresará incontinenti á su lado á rendirle amor.

La creencia en la *pusana* es general en el Territorio Amazonas. Yo creo que la *pusana* es una planta que ejerce acción debilitante sobre el cerebro, y abate de consiguiente el carácter y las energías del hombre, poniéndole en condición de ser dominado por la mujer.

He visto *racional*, arrojado de la casa por su guaricha, y detenerse vacilante en el dintel y llorar como un niño para ser admitido nuevamente. En otros es tal el poder de la india, que son abofeteados é insultados por ella al menor disgusto, y entonces, para contentarla, recorren al expediente de la vileza más canalla. A otro, la india le es infiel, y no se lo oculta, sino que se lo declara al menor altercado, diciéndole que lo

hace para verse libre de su presencia y de su compañía ; y el hombre entonces convertido, en raudal de lágrimas, le suplica que no lo haga más y que tenga lástima de él que tanto la idolatra. ¿Será esto efecto de la *pusana* ó de una abyección del carácter? . . . No lo sé ; lo cierto es que sucede así !

Hay *pusana* para todo : para que la pesca sea más abundante : para encontrar caería con facilidad : para apaciguar una persona colérica ; y para obtener lo que se pida. Como es muy grande la variedad de *pusanas*, cada una de ellas se aplica para un caso especial.

El matrimonio del indio es una sociedad perfecta entre él y la mujer. Juntos comparten todas las fatigas, aún las mayores, y y juntos realizan todos los trabajos aún los más duros. Si el indio viaja, él irá de marinero en la proa de su curiara y en la popa irá su esposa sirviendo de piloto, y afrontarán unidos los peligros de los raudales, de la navegación y los rigores del sol y de la lluvia. Por eso jamás el indio contrae una obligación, ni compra, ni vende sin consultarle á su mujer y tener su aprobación.

Entre los indios no existe el beso, ni el abrazo, ni se dan la mano para saludarse.

Cuando llega el pariente ó el amigo á la choza, aún cuando tenga mucho tiempo de ausencia, le hacen el saludo diciéndole simplemente: *¿ Ya tu llegaste ?* á lo cual el reciénvenido contesta: "*Sí, ya llegué.*" Entonces le traen la totuma colmada de *yucuta* y se trabaxa la conversación, que empieza por monosílabos y se vá animando gradualmente, hasta que el visitante toma la palabra de firme y refiere los pormenores más minuciosos é insignificantes de su viaje. Terminada la visita, se despide de los circunstantes diciéndole á cada uno: *¿ Vámonos ?* á lo que le contestan: *Vamos !*

El indio no cría, vive de la pesca y de la caza. Por eso su hogar es una mezcla extraña de abundancia y de miseria, sobre todo de lo segundo. Cuando nada le proporciona el monte ni el *cacure* (trampa para coger peces) pone al fuego una ollita llena de agua con mucha sal y más ají, hasta desleirse éste á fuerza de hervir. Entonces retíran dicha olla del fuego y en cuclillas forman rueda alrededor de ella; y en su picantísimo contenido va mojando cada cual su casabe, hasta agotarse por completo este urentísimo potaje. Después beben *yucuta* en abundancia; y ya está el indio satisfecho con el día.

En estas cuestiones materiales, el porvenir para ellos no existe; el pasado tampoco; su culto es para el dios presente. Todo lo gastan en un día, nada guardan para mañana. Al hijo le aseguran la vida enseñándole á cazar, á pescar, á construir un rancho, una curiara, ó á derribar la roza y á tejer *cacures*, *cebucanes*, *manares* y otros artefactos indispensables á sus necesidades y para el trabajo de la yuca. Esta enseñanza es la herencia que legan á sus hijos, porque estos conocimientos les dan la vida y la comodidad en la selva, lo que no obtendrían con los libros y la educación. Su numeración es muy incipiente: apenas si saben contar hasta el 2, aunque ya hay muchos reducidos que cuentan en castellano.

El indio es el hombre de antaño con todas sus costumbres y tradiciones primitivas; en él viven todas sus generaciones pasadas; él es algo así como una protesta viva de los siglos ya idos, contra los falsos principios de la civilización, del progreso y del adelanto modernos; él representa la Venezuela aborígen y merece toda nuestra simpatía, porque ¿quién en la República, siendo hijo del país, podría negar absolutamente su parentesco con él?

